

En su testamento, instituía Carlos II heredero universal al segundo de sus resobrinos, el duque de Anjou, y á fin de que siempre permaneciesen separadas las dos coronas, declaraba que si el de Anjou moría sin hijos ó prefería conservar sus derechos eventuales al trono de Francia, le substituiría el tercer hijo del Delfín, el duque de Berri. A falta de éste, llamaba á la sucesión al archiduque Carlos y en su defecto al duque de Saboya y á sus hijos; y en todas esas hipótesis, el testamento prohibía cualquiera desmembración ó disminución de la monarquía española.

El verdadero inspirador de aquel testamento fué un sentimiento de patriotismo y de orgullo nacional, pues los magnates y el pueblo español quisieron defender la integridad del gran imperio en cuyos dominios no se ponía el sol. La diplomacia francesa ninguna parte tuvo en aquel suceso: de Blecourt carecía de autoridad y estaba tan poco al corriente de los acontecimientos, que el 28 de septiembre anunciaba á Luis XIV un testamento en favor del archiduque; el partido austriaco, por otra parte, era más poderoso que el francés y, de no haber entrado Carlos II en la agonía, acaso la reina habría logrado hacer revocar el documento de 2 de octubre.

La carta en que Blecourt anunciaba la muerte de Carlos II y el contenido del testamento, llegó á Fontainebleau, en donde se hallaba la corte, el día 9 de noviembre de 1700.

El rey no se sorprendió del todo, pues Blecourt, rectificando en octubre los informes dados en septiembre, había escrito que corría el rumor de un testamento en favor de un príncipe francés. El día 4 de noviembre Luis XIV había reunido, en casa de la señora de Maintenón, á Tallard y á Torcy y por consejo de éstos había resuelto y notificado á Holanda que se atendería á la repartición; pero conocida la gran noticia, siendo ya el testamento una cosa cierta y necesitándose una decisión pronta, deliberó de nuevo.

Mantener sus compromisos con las potencias marítimas era reconciliarse con Europa dando prueba de gran moderación; pero si rechazaba el testamento, toda la sucesión quedaba legalmente abandonada al archiduque. Bien es verdad que podía suceder que el emperador al verse sin aliados y enfrente de la coalición franco anglo-holandesa, se resolviera á aceptar la repartición por miedo de perderlo todo queriendo ganarlo todo, en cual caso Francia se ensancharía con Lorena, Guipúzcoa, las Dos Sicilias y los presidios de Toscana, ó tal vez con Luxemburgo, Niza y Saboya por permuta con las posesiones italianas; pero lo más probable era que Leopoldo rechazase todo arreglo, y entonces sobrevendría la guerra, no sólo contra él, sino contra España. Esa guerra sería corta y de éxito seguro si las potencias marítimas se unían á Francia; mas ¿estaba asegurada la buena fe de aquéllas? Nadie podía fiarse de nadie; Inglaterra y Holanda no habían fijado aún el contingente de los socorros que aportarían en caso de guerra y pretenderían que el Delfín, antes de posesionarse de su parte, esperase el plazo de dos meses concedido al emperador para adherirse al tratado. Ahora bien, esperar dos meses equivaldría á permitir á los imperiales alcanzar grandes ventajas.

Aceptar el testamento era recoger una herencia que legítimamente debía ir á parar á un príncipe francés, responder al llamamiento de un rey y de un pueblo y exaltar el poderío y la gloria de la casa de Borbón; pero era al mismo tiempo la guerra, no solamente con el emperador, sino, además, con las potencias marítimas y, por ende, una guerra larga y de resultados inciertos. Cabía esperar, sin embargo, que el partido de la paz en Inglaterra y en Holanda obligase á Guillermo III y á Heinsius á reconocer al duque de Anjou como rey de España.

El Delfín, el duque de Beauvillier, ayo de los príncipes, el canciller Pontchartrain y el secretario de Estado en los negocios extranjeros, Torcy, reuniéronse en la cámara de la señora de Maintenón el día 9 de noviembre á las tres de la tarde y expusieron sus pareceres al rey.

Torcy, que pocos días antes se declarara en pro del cumplimiento del tratado, propuso entonces que se aceptase el testamento; en su opinión, el emperador rechazaría en absoluto todo reparto; de suerte que cualquiera que fuese la solución que se adoptase, no había modo de evitar la guerra, y siendo ésta inevitable, más valía hacerla con España que contra ella y por toda la sucesión que por una parte. Beauvillier señaló las ventajas inmediatas que ofrecía el tratado de partición y el peligro que significaba emprender una lucha interminable contra Europa. Pontchartrain expuso los argumentos en pró y en contra sin pronunciarse por unos ni por otros. El Delfín «habló poco y sin vacilar se decidió por la aceptación del testamento;» ese príncipe «á pesar de la grasa y de la apatía que le dominaban,» insistió enérgicamente, según afirma Saint-Simón; y «volviéndose al rey con ademán respetuoso pero firme, díjole que, después de haber emitido su parecer como los demás, se tomaba la libertad de pedirle su herencia ya que él se hallaba en condiciones de aceptarla.»

Luis XIV levantó la sesión del Consejo sin manifestar su decisión, y por la noche habló nuevamente con Torcy, Barbécieux y la señora de Maintenón. A la siguiente mañana (10 de noviembre) Torcy combinaba la táctica de una campaña diplomática (1) que tenía por objeto avisar secretamente á los españoles que el rey aceptaba la sucesión y hacer gestiones cerca del emperador y de Víctor Amadeo fingiendo el deseo de obtener su consentimiento á la repartición. Estos dos príncipes, á quienes pasaba la herencia de Carlos II si los franceses abandonaban sus derechos, se negarían seguramente á acceder á aquella demanda, y entonces se reclamaría la ayuda de las potencias marítimas para poner al Delfín en posesión de la parte que se le adjudicaba en el tratado firmado con ellos. Si las potencias se mostraban dispuestas á otorgar socorros, se les demostraría que la ejecución del reparto traería consigo la guerra que se quería evitar; si rechazaban la petición, ellas serían las primeras en faltar al tratado, y en ambos casos Luis XIV representaría el papel más simpático.

(1) Así se desprende claramente de las minutas de cartas que habían de dirigirse á Villars, á Briord (en Legrelle, t. IV, páginas 821 y 391), y á Blecourt (resumen de Saint-Simon, ed. de Boislisle, t. VII, pág. 632) y de las *Propositions à faire au roi* (en Legrelle, t. IV, pág. 816).

Para dar feliz cima á esa combinación, necesitábase algún tiempo, y como España exigía una respuesta inmediata, desistióse de la estratagema, las letras preparadas para los embajadores no fueron enviadas á sus destinos, y el rey volvió á reunir el Consejo, que estuvo en sesión «desde las seis hasta cerca de las diez de la noche,» y en el cual se adoptó la resolución de aceptar el testamento. Así se lo anunció al día siguiente Luis XIV al embajador de España, marqués de Castellidosrius, bien que pidiéndole que guardase el secreto algunos días, por deferencia á las potencias marítimas á las cuales quiso avisar antes de que el suceso fuese público.

El día 12 de noviembre notificó el rey su decisión al gobierno de Madrid, y el 16; apenas se levantó de la cama, hizo entrar á su nieto y al marqués de Castellidosrius en su despacho de Versalles y dirigiéndose al embajador le dijo: «Podéis ya saludarle como vuestro rey.» El marqués se arrodilló, besó la mano al príncipe y le dirigió un largo discurso en español. «No entiendo aún el español, dijo Luis XIV, y á mí me corresponde contestar por él.» Luego, mandando abrir de par en par las puertas del despacho que daban á la gran galería, dijo á los cortesanos que allí esperaban: «Señores, he aquí al rey de España; por su nacimiento estaba llamado á ceñir esa corona y toda la nación lo ha deseado y me lo ha pedido con insistencia, á lo que yo he cedido gustoso. El cielo lo tenía así ordenado.» Dirigiéndose después al nuevo rey, añadió: «Sed buen español, este es ahora vuestro primer deber; mas recordad que habéis nacido francés á fin de que conservéis la unión de ambas naciones. De este modo las haréis felices y mantendréis la paz de Europa.» Cuando el monarca francés anunció que Felipe V partiría el día 1.º de diciembre, Castellidosrius «dijo muy acertadamente que el viaje era cómodo y que al presente los Pirineos estaban derretidos (1).»

Luis XIV parecía el monarca más feliz y más poderoso de la tierra, y la carta que en 17 de noviembre dirigió á Harcourt, que había sido nombrado duque y embajador extraordinario en Madrid, era un verdadero canto de victoria:

«...Estáis enterado del estado de los negocios, de modo que, sin inspirar celos á los españoles, podéis disipar los que tal vez quisiera alguien inspirarles respecto de mis propósitos, conocer los proyectos que hacen para el bien de su monarquía y sentar finalmente la base sólida de una inteligencia perpetua entre mi corte y la de España... Podréis decir al cardenal Portocarrero que, estando como están las plazas de los Países Bajos llenas de tropas extranjeras, si los españoles necesitan alguna ayuda de mi parte para expulsarlas, los socorros que me pidan estarán siempre dispuestos... El honor de la nación española está obligado á no consentir por más tiempo que los moros continúen el sitio de Ceuta, y será una gloria para la nación echarlos de allí en los comienzos de un nuevo reinado. España no ha de sentir ya desconfianza por mis socorros... El bien de su reino exigirá algún día que el rey de España tome

(1) El *Mercurio de France* transforma las palabras del embajador del siguiente modo: «¡Qué alegría! Ya no hay Pirineos; se han derrumbado y ya no somos más que uno.» Esta es la frase que, simplificada, fué atribuida andando el tiempo á Luis XIV.

algunas medidas para excluir á los ingleses y á los holandeses del comercio de las Indias; pero no es tiempo todavía de profundizar este proyecto, del que podéis hablar sólo al cardenal Portocarrero como de un objetivo lejano... Por último, debéis hacerle ver las ventajas positivas que obtendrá la religión de la inteligencia perfecta entre mi corona y la de España...»

Francia acogió con alegría la noticia de la aceptación, y en España hubo una explosión de entusiasmo extraordinario, habiendo los magnates y el clero expresado á Luis XIV la seguridad de su fidelidad al nuevo rey. Únicamente en Cataluña algunos se mostraron descontentos. El viaje de Felipe V desde su entrada en España (22 de enero de 1701) hasta su llegada al Buen Retiro (18 de febrero de 1701), fué triunfal.

Torcy había enviado á todas las potencias una memoria justificativa, en la que se decía que Luis XIV había aceptado el legado de Carlos II sólo como el único medio de conservar la paz, porque de haber él rechazado en nombre de los príncipes franceses la sucesión, ésta habría pasado al archiduque, y como el emperador no habría tenido en cuenta el tratado de repartición, al cual no se había adherido, habría sido preciso para obligarle á ello emprender la guerra y los españoles habrían tomado las armas en defensa de la integridad de la monarquía. En cambio, ciñéndose el duque de Anjou la corona, la paz estaba asegurada, ya que nunca podrían juntarse en una misma cabeza las coronas de Francia y de España, con lo que se mantenía el equilibrio de Europa. Añadía la memoria que el rey de Francia, aceptando el testamento, había dado una prueba de su moderación, puesto que renunciaba á las adquisiciones directas y definitivas que le aseguraba el tratado de repartición.

«Europa, ha dicho Voltaire, pareció al pronto sumida en el estupor de la sorpresa y de la impotencia, al ver la monarquía española sometida á Francia, cuya rival había sido por espacio de trescientos años.»

Sólo la corte de Viena se irritó y decidió declarar la guerra. Villars, el enviado de Francia, fué insultado en medio de la calle y hubo momentos en que peligró su vida. El emperador buscaba aliados: estaba seguro del elector palatino y del elector de Hannover que había de proporcionarle seis mil hombres; y en cuanto al elector de Brandeburgo, Federico III, que suspiraba por la corona real, satisfizo sus deseos reconociéndole como rey de Prusia, por virtud del tratado de noviembre de 1700 y asegurándose de este modo un socorro de ocho mil hombres. El punto esencial era, empero, una alianza con las potencias marítimas; de aquí que se enviase á Londres un embajador para pedir otra vez la renovación del tratado de 1689 y para decidir á los ingleses y á los holandeses á que declarasen la guerra á Francia.

Guillermo III y Heinsius habían creído que Luis XIV cumpliría sus compromisos con ellos y preferiría la repartición al testamento; así es que al tener noticia de la aceptación se imaginaron que el monarca francés había estado representando una larga comedia para engañarles. Guillermo habló de llevar la cuestión hasta el último extremo, y «de habérsela personalmente con Tallard,» y Heinsius era de parecer de que se renovase la alianza de 1679 y se comenzaran las hostilidades;

pero una vez pasado el primer momento de cólera, limitáronse á reclamar de Luis XIV el cumplimiento del tratado de repartición y entablaron negociaciones con él.

Uno y otro habían de reconocer forzosamente que ni Inglaterra ni Holanda querían la guerra. En noviembre, Guillermo se lamentaba á Heinsius de que los ingleses prefirieran la aceptación del testamento á la ejecución del reparto (que con la anexión de los presídios de Toscana y de las Dos Sicilias Francia habría hecho del Mediterráneo un lago francés) y le decía: «La única conducta que puedo seguir con este pueblo es comprometerle insensiblemente á la guerra.» Algunos días después, le escribía: «Todo el mundo me apremia para que reconozca al rey de España...; no veo modo de diferir esto por mucho tiempo...; no podéis figuraros cómo me acosan mis ministros acerca de este particular.» En enero de 1701 Guillermo confesaba al embajador imperial que no podía hacer la guerra; por otra parte, en Holanda, la aceptación del testamento por Luis XIV había producido un alza de los fondos públicos. Los holandeses estaban por entero consagrados á rehacer su hacienda y su comercio que habían sufrido mucho á consecuencia de la última guerra, y el partido republicano, antiguo enemigo de los Orange, sabía perfectamente que una guerra acrecentaría el poder de Guillermo y le pondría á él bajo su yugo. Sólo una cosa les inquietaba en esa cuestión magna de la sucesión, á saber, la posesión de los Países Bajos españoles por un príncipe francés; pero Luis XIV podía, si quería, tranquilizarles respecto de este particular, mediante ciertos arreglos.

De manera que Leopoldo no había de contar con las potencias marítimas para comenzar las hostilidades.

La mayoría de las demás potencias estaban dispuestas á reconocer el hecho consumado. Don Pedro de Portugal, solicitado por Inglaterra y por Francia, alióse con Luis XIV; el duque de Saboya, después de un momento de malhumor, escribió al rey felicitándole y contrajo compromisos con él; el duque de Baviera y su hermano el elector de Colonia hicieron lo propio; el nuevo papa Clemente XI reconoció á Felipe V; los demás príncipes de Italia estaban prontos á dejarse vencer; y los pequeños potentados de Alemania, irritados por haber sido Prusia elevada á reino, no deseaban otra cosa que vender su alianza á Francia.

CAPITULO II

FRANCIA Y LA COALICIÓN (1)

I. Faltas cometidas por Luis XIV. La gran alianza de la Haya. — II. Los primeros años de la guerra general. — III. Pérdida de Baviera; revés en España. — IV. Pérdida de Bélgica y del Milanesado. Negociaciones secretas. — V. Francia invadida. Conferencias en Holanda: Streydensaas y los preliminares de La Haya. — VI. Malplaquet y Geertruidenberg.

I.—Faltas cometidas por Luis XIV. La gran alianza de La Haya

El siglo XVIII inaugurábase, pues, «con un colmo de gloria y de prosperidad inauditas» para la casa de Borbón. La cuestión de España parecía definitivamente

(1) FUENTES: Además de las indicadas para todo el período: General Pelet, *Mémoires militaires relatifs à la succession d'Es-*

resuelta á favor suyo en los comienzos del año 1701; pero algunos meses después la situación había variado enteramente, y se iniciaba una guerra que había de ser la más larga y terrible del reinado de Luis XIV. Es muy probable que Europa no habría soportado eternamente el acrecentamiento enorme del poderío de los Borbones; pero también es cierto que algunos actos de Luis XIV provocaron y legitimaron la coalición de las potencias contra Francia.

Por virtud de cartas patentes registradas en el Parlamento, en 1.º de febrero de 1701, Luis XIV conservó al

pagne sous Louis XIV, extraits de la correspondance de la cour et des généraux... rédigés au dépôt de la guerre sous la direction de M. le lieutenant de Vault, Paris, 1835-1862, 11 vol. y un atlas en la «Collection des documents inédits.» Marqués de Vogüé, Le duc de Bourgogne et le duc de Beauvillier. Lettres inédites (1700-1708), 1900. Esnault, Michel Chamillart, contrôleur général des finances et secrétaire d'Etat de la guerre. Correspondance et papiers inédits, publicados por Le Buyet de Saint-Gervais, 1819, 3 vol. Mémoires du maréchal de Berwick. Colección Petitot, 2.ª serie, t. LXV y LXVI. Lettres du maréchal de Tessé, ed. del conde de Rambuteau, 1888. Mémoires du chevalier de Quincy, ed. Lecestre, 1898-1901, 3 vol. «Soc. Histoire de France.» Mémoires de M. le Marquis de Feuquiére, 1740, 4 vol. Mémoires de M. de Saint-J(Hilaire), 1766, 4 vol., los tres últimos. Lecestre ha comenzado una edición de las mismas para la «Société de l'Histoire de France.» Mémoires de la Colonie, maréchal de camp des armées de l'électeur de Bavière (1692-1717), 1738, 3 vol. Mémoires du feld-maréchal comte de Mérode-Waterloo, 1840, 2 vol. Felicitación des Prinzen Eugen von Savoyan, pub. por el ministerio de la guerra de Austria, 17 vol., 1876-1892, sobre todo por la correspondencia militar del príncipe Eugenio durante la guerra de Sucesión de España. Röder v. Diersburg, Kriegs-und Staatschriften des Marggrafen Ludwig-Wilhelm v. Baden. Über der spanischen Erbfolgekrieg, 1850. Mémoires de Forbin et de Duguay-Trouin, en la Colección Petitot, 2.ª serie, t. LXXIV y LXXV.

OBRRAS: Además de las indicadas para todo el período: las *Feldzüge des Prinzen Eugen*, citadas anteriormente. Marqués de Quincy, *Histoire militaire du règne de Louis le Grand*, 1726, á partir del t. III. *Histoire de Polybe*, con un comentario por M. de Folard, 6 vol. 1727-1730. De Belleverie, *Les dernières campagnes de L. J. de Vendôme*, 1714. M. de Broglie, *Catinat, l'homme et la vie (1637-1712)*, 1902. Marqués de Vogüé, *Villars, d'après sa correspondance*, 1888. El mismo, *Un dernier mot sur Villars*, en el «Correspondent», 1904. Teniente M. Sautai, *Les Princes de la Frézelière*, 1901. Cap. Valot, *Les opérations militaires sur la frontière de la Savoie et du Haut-Dauphiné au XVIII^e siècle et la guerre de la Succession d'Espagne*, 1806. Gachard, *Histoire de Belgique au commencement du XVIII^e siècle*, 1880. Ettore Parri, *Victorio-Amedeo II ed Eugenio di Savoia nella guerra della Successione spagnuola*, 1888. J. Dumont, *Histoire militaire du prince Eugène de Savoie, du prince de Marlborough et du prince de Nassau*, 1729-1747, 3 vol. Von Arneht, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Guido Starhemberg (1657-1737)*, 1853. Landau, *Geschichte Kaisers Karl VI als König von Spanien*, 1889. Schwencke, *Geschichte der hannoverschen Truppen im Spanischen Erbfolgekriege*, 1862. Parnell, *The war of the Succession in Spain, during the reign of queen Anne (1702, 1711)*, 1888. Fortescue, *History of the British army*, 3 vol. el t. I, Chabaud, Arnault, *Histoire des flottes militaires*, 1889. Chevalier, *Histoire de la marine française depuis le début de la monarchie jusqu'au traité de Paris de 1763*, 1902. De Charlevoix, *Histoire de l'île Espagnole ou de Saint-Domingue*, 1730, 2 vol. é *Histoire et description générale de la Nouvelle France*, 1744, 3 vol. Barón du Casse, *L'almirant du Casse, chevalier de la Toison d'Or*, (1646, 1715). Poulain, *Duguay-Trouin, corsaire, écrivain, d'après des documents inédits*, 1882. Calmon-Maison, *Le maréchal de Château-Renault (1637-1716)*, 1903. Mahan, *Influence de la puissance maritime dans l'histoire (1660-1783)*, trad. E. Boisse, 1899. J. S. Corbett, *England in the Mediterranean; a study of the rise and influence of the British power within the straits (1603-1713)*, t. II, 1904. G. Scelle *La traite négrière aux Indes de Castille. Contrats et traités d'Assiento*, Tesis de derecho, París, 2 vol., 1906.

duque de Anjou y á sus descendientes sus derechos á la corona de Francia dentro del orden natural de sucesión, es decir, antes del duque de Berri. En realidad esto no constituía una violación de la cláusula del testamento que prohibía la reunión en una misma persona de las coronas de Francia y de España, puesto que las cartas patentes no decían que Felipe, si llegaba á ser rey de Francia, continuaría siendo rey de España, y por otra parte el duque de Anjou estaba separado de la corona francesa por dos personas, el Delfín y el duque de Borgoña; sin embargo aquel acto se prestaba á sospechas y cuando menos era inoportuno.

Mucho más grave fué la cuestión de las plazas de barrera. No había peligro ni gran inconveniente para Francia ni para España en que aquellas plazas continuasen ocupadas por los soldados holandeses; pero Luis XIV quiso que su nieto fuese dueño absoluto en sus dominios, y en 17 de noviembre de 1700 ofreció al gobierno de Madrid la ayuda de las tropas francesas para expulsar á los holandeses de las ciudades belgas en el caso de que no quisieran salir de ellas de buen grado. Vaciló, sin embargo, cuando su embajador le comunicó que los Estados Generales declararían la guerra si entraban en Bélgica regimientos franceses; y además quiso esperar á que Holanda reconociese á Felipe V como rey de España. Mas viendo que Holanda tardaba en decidirse, resolvió ejecutar su plan y lo ejecutó brutalmente, pues en vez de pedir á los holandeses que repatriasen á sus soldados, hizo que los suyos penetrasen en las plazas de barrera en la noche del 5 al 6 de febrero de 1701 en virtud de orden del gobernador de los Países Bajos. Las guarniciones holandesas no fueron expulsadas sino, por el contrario, «retenidas en prenda de las resoluciones que los Estados Generales adoptasen.»

Los holandeses, al tener noticia de esto, se exasperaron, pero disimularon su cólera porque no podían romper inmediatamente las hostilidades, ya que necesitaban algún tiempo para dejar que regresasen los buques que tenían diseminados por todos los mares y para vender sus mercancías depositadas en España. Por otra parte, no tenían tropas bastantes, desde el momento en que sus mejores y más veteranos soldados, que ocupaban las plazas belgas, estaban á la merced del rey de Francia. En su consecuencia, el gobierno holandés, resuelto á disimular, manifestó que habría retirado sus guarniciones si hubiese creído que podían despertar suspicacias y se lamentó de que estuvieran detenidas. En 22 de febrero de 1701 reconoció á Felipe V, pero así que Luis XIV hubo devuelto la libertad á las guarniciones holandesas, las Provincias Unidas reclamaron la evacuación de Bélgica por las tropas francesas, aumentaron su ejército, armaron sus barcos y pidieron el auxilio de Inglaterra.

En Inglaterra, al saberse la entrada de los franceses en Bélgica, había parecido inminente la guerra, y el público había acudido en tropel á las platerías y al banco reclamando sus depósitos de dinero; pero la Cámara de los Comunes persistía en querer conformarse con el advenimiento de Felipe de Anjou al trono de España é instaba á Guillermo para que lo reconociera. Éste, para llevar á cabo los propósitos de que había hablado á Heinsius, comunicó al Parlamento, en febrero de

1701, una carta interceptada que revelaba un complot jacobista dirigido contra su persona y un proyecto de desembarco en Inglaterra; aquella conspiración era mentira, no obstante lo cual el Parlamento, para desalentar á los partidarios de Jacobo, fijó la sucesión al trono en la línea protestante y llamó á la corona, en defecto de hijos de Guillermo y de la princesa, á una nieta de Jacobo I, la princesa Sofía, electora madre de Hannover, y á su descendencia.

Por otra parte, el rey de Inglaterra impidió que los holandeses se entendieran con Francia. Luis XIV había al fin decidido á hacer algunas concesiones á los Estados Generales, prometiendo en 5 de marzo retirar sus soldados de Bélgica á medida que pudieran reemplazarlos las tropas españolas y proponiendo negociaciones para allanar las demás dificultades; pero el gobierno holandés no quiso entrar en discusiones sino con la condición de que en la negociación habría de ser admitido el embajador británico Alejandro Stanhope. El día 22 de marzo, los representantes de las potencias marítimas entregaron al embajador de Francia la lista de sus pretensiones: «una satisfacción razonable» para el emperador en lo tocante á sus derechos á la sucesión de España; la evacuación definitiva de Bélgica por las tropas francesas; la promesa de que ninguna posesión española sería jamás cedida á Francia, y la cesión de diez plazas de barrera á los holandeses y de dos, Ostende y Nieupoort, á los ingleses.

Luis XIV puso los Países Bajos en buen estado de defensa, mandando fortificar Amberes y las plazas principales y abrir desde Ostende al Escalda y del Escalda al Mosa líneas compuestas de fosos y de trincheras, y contestó á la memoria de las potencias marítimas con el ofrecimiento de confirmar simplemente la paz de Ryswyk. Guillermo III tomó como pretexto aquella respuesta para influir sobre su Parlamento, al que entregó en 11 de abril un llamamiento apremiante de los Estados Generales y pidió que declarase «que el tratado de Ryswyk no era una seguridad y que Inglaterra no quería separar sus intereses de los de la República.» Pidióle asimismo que votase «un subsidio que le pusiera en condiciones de auxiliar á los Estados, de conformidad con los tratados existentes.» El Parlamento le autorizó para tomar las medidas necesarias á la protección de Holanda; pero la mayoría tory se negó á confundir los intereses de las dos potencias, y Guillermo, cediendo á la presión de sus ministros, se decidió, en 17 de abril de 1701, á reconocer á Felipe V.

En Holanda, de Avaux gestionaba por bajo mano y excitaba á los comerciantes de Amsterdam á que se declarasen en favor de la paz. Guillermo y Heinsius, para acabar con esas intrigas, propusieron, en 2 de mayo, que se reanudasen las negociaciones oficiales. De Avaux negóse, al principio, á admitir en las conferencias al embajador de la Gran Bretaña; pero luego Luis XIV consintió en que se le admitiera, con la condición de que se le considerase como ministro de una potencia aliada, no como parte contratante. Los holandeses pusieron el grito en el cielo y, pretextando que se quería tenderles un lazo al separar sus intereses de los de la Gran Bretaña, dirigiéronse de nuevo á Guillermo, en 13 de mayo, para pedirle socorros. Después de enumerar todos sus agravios (la cuestión de las plazas de ba-